

PRIMER EXÁMEN.

De la fe.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios como un abismo de gloria y de esplendor y como el único origen de toda verdad. El es quien, dándonos la fe y revelándonos sus misterios augustos, nos ha llamado á su admirable luz, nos ha sacado del poder de las tinieblas y nos ha hecho entrar bajo el dulce imperio de su Hijo muy amado. ¡Cuántos homenajes y cuántas gracias debemos tributar á este Dios de misericordia por habernos escogido para enriquecernos con este don inestimable de la fe! *Non fecit taliter omni nationi.* (Psalm. CXLVII).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si hemos incurrido nosotros en algunas de las faltas que se pueden cometer contra la fe.

¿Ha sido verdadera y sincera nuestra fe? ¿no nos hemos contentado en tener de ella solamente las apariencias?

¿Hemos creído todas las verdades reveladas, hasta las menores y sin excepcion alguna?

¿Las hemos creído firmemente y sin titubear, no escuchando lo que nuestros sen-

tidos y nuestra razon podrian decirnos en contrario?

¿Las hemos creído puramente por el motivo de la fe, es decir, porque Dios las ha revelado á su Iglesia que las propone?

¿No somos nosotros del número de aquellos que, en lugar de someterse sinceramente á todas las decisiones de la Iglesia, buscan sutilezas para combatirlas ó para no obedecer á las que no les placen?

¿No hemos sido tan aferrados á nuestros pensamientos y modos de sentir que hayamos querido hacer pasar nuestras opiniones por artículos de fe decididos por la Iglesia?

Si nos hemos sometido sin dificultad á las verdades especulativas, ¿hemos sentido lo mismo en orden á las verdades prácticas que no se avienen con nuestro gusto?

Cuando hemos leído en el Evangelio que la dicha de esta vida consiste en la pobreza, en el menosprecio y en los sufrimientos; que es preciso amar á los enemigos, y renunciarse y aborrecerse á sí mismo; ¿hemos creído estas verdades con la misma certidumbre con que creemos en la existencia de un Dios, en que Jesucristo se hizo hombre, y que murió por nosotros?

¿No hemos pretendido penetrar demasiado en nuestros misterios; y queriéndolos profundizar por razonamientos puramente humanos, no hemos dado lugar á mil tentaciones que muchas veces han hecho vacilar nuestra fe?

¿Hemos evitado las lecturas, las conversaciones, los entretenimientos, que pudieran ser para nosotros ó para los demás origen de esas mismas tentaciones?

Cuando nosotros hemos estado tentados contra la fe, en lugar de razonar ¿hemos mejor tenido cuidado de humillarnos pronto, de recurrir á nuestro Señor y decirle como los Apóstoles: Dios mio, aumentadnos la fe? *Domine, adauge nobis fidem.* (Luc. xvii).

Para merecer esta gracia y afirmarnos en la fe nosotros mismos, ¿hemos procurado afirmarla en los demás, instruyéndoles en los misterios, aclarándoles sus dudas y tomando placer sobre todo en catequizar á los pobres y niños?

En fin, ¿hemos tenido cuidado de formar muchas veces actos de fe, particularmente sobre las verdades que nosotros hemos tenido más dificultad en creer?

TERCER PUNTO.

Dios mio, si tantos Santos tienen un placer de abandonarlo todo y de perderlo todo para conservar la fe, es sin duda porque estaban bien persuadidos de que ella es el fundamento de todos vuestros dones, que los elevaba á la calidad de hijos vuestros, y que sin ella no podían complaceros. Haced por vuestra gracia, oh Dios mio, que entremos nosotros en sus sentimientos, y

llenad nuestros corazones de sus disposiciones, á fin de que á su ejemplo temamos menos perder la vida que perder la fe. *Minus horreamus carnis mortem, quam fidem.* (S. Bern. *Ep. ad Herr. Senon.*).

SEGUNDO EXÁMEN.

De la vida de la fe.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo como al autor y consumidor de nuestra fe: *Aspicite in auctorem fidei et consummatorem Jesum.* (Heb. xii). El quiere que nosotros seamos santos; El quiere que marchemos sobre sus pasos, y desea para esto que vivamos la vida de la fe, que es una participacion de la vida divina, de la que vive El mismo y que tomó del seno de su Padre. ¡Oh qué preciosa es esta vida de la fe! ¡y cuán justo que rindamos nuestros obsequios al que nos ha llamado á ella!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros vivimos segun la fe, es decir, si la fe ha sido el principio y la regla de nuestros sentimientos, de nuestras acciones y de toda nuestra conducta.

¿Hemos visto las cosas en el concepto que las de la fe las juzgamos segun sus

luces, y las estimamos en el justo valor que ella sola nos **descubre**? ¿No nos hemos dejado llevar **muchas** veces de las falsas ideas que de ellas **hemos** tomado en el mundo, no menospreciando sino lo que el mundo menosprecia y no estimando sino lo que él estima, sin **pensar** en el modo de juzgar de Dios, y de lo **que** á este respecto la fe nos enseña?

¿Y no es porque no estamos bien penetrados de las **máximas** de esta virtud que nos causa tanta **pena** sufrir la pobreza, estimar la abyección y amar los trabajos; y que no suspiramos sino por las riquezas, los honores y los **placeres** de la vida?

En nuestras **dificultades**, nuestros embarazos y nuestras dudas ¿hemos recurrido á la fe y la **hemos** hecho presidir siempre á nuestras **deliberaciones**; teniendo cuidado de no resolver **nada** sino por algun motivo de fe ó por alguna razon cristiana?

En la mayor **parte** de nuestras acciones y de nuestras **prácticas** mismas de virtud ¿no hemos tenido miras puramente naturales; dando por ejemplo la limosna solamente por una **compasion** humana, no sirviendo al prójimo sino para ser de él servido, no guardando la modestia sino por humano respeto, no reprimiendo nuestras pasiones sino á **fin** de pasar por virtuosos en el concepto de los hombres?

¿No hemos practicado del mismo modo

muchas veces nuestros ejercicios de piedad, no tanto para complacer á Dios (como la fe nos enseña que debemos hacerlo), cuanto por contentarnos con las dulzuras y las consolaciones sensibles que en estas prácticas encontramos?

Para establecer en nosotros esta vida de la fe ¿renunciamos muchas veces á la sabiduría humana y á la prudencia del siglo, cuyas máximas no se acomodan jamás con las de Jesucristo?

¿Acostumbramos nutrir nuestra alma de las verdades cristianas, complaciéndonos de pensar en ellas con frecuencia y poniendo toda nuestra dicha en meditarlas?

En fin, ¿ponemos un gran cuidado en aprender oportunamente las santas máximas del Evangelio, tan opuestas á las del mundo, para hacerlas servir siempre de principio y de regla de nuestra conducta; de manera que podamos decir con el Apóstol: Yo vivo en la fe de los hijos de Dios? *In fide vivo filii Dei.* (Gal. II, 20).

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo sé que no conducirse sino por los sentidos, es conducirse como los brutos animales; que no conducirse sino por la razon, es vivir segun la falsa filosofía; mas que conducirse por la fe es vivir como cristiano y como discípulo de Jesucristo. Esta vida de la fe es ¡oh Dios mio!

la que nosotros os demandamos, y que toda la Iglesia misma os pide para sus hijos, á fin de que seamos firmes é inquebrantables en guardar vuestros mandamientos, lo mismo que en confesar vuestro nombre. *Ut inveniamur in fide stabiles et in opere efficaes.* (Orat. Eccl.).

TERCER EXÁMEN.

De la profesion de la fe.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo dirigiendo á todos los cristianos estas palabras: «Yo reconoceré delante de mi Padre á los que me hayan confesado y procurado mis intereses delante de los hombres.» Agradecemosle este aviso saludable, y sobre todo de habernos puesto en estado de aprovecharlo, por la gracia que nos hizo de nacer de padres cristianos, de recibir el Bautismo y de ser instruidos en los misterios de la fe. *Qui me confessus fuerit coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo.* (Matth. x, 32).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cómo hemos hecho nosotros profesion de la fe, y si hemos dado delante de Dios y de los hombres los testimonios que debemos por nuestros pensamien-

tos, por nuestras palabras y por nuestras obras.

Por nuestros pensamientos: Cuando nosotros hemos tenido algun pensamiento, alguna duda ó alguna tentacion contra la fe, ¿hemos protestado interiormente á nuestro Señor que nosotros queremos creer sin razonar y que no apetecemos otra seguridad que su palabra?

¿Hémosle nosotros hecho en este tiempo un sacrificio entero de todas nuestras luces, cautivando nuestra mente bajo la obediencia de la fe?

Quando nosotros hemos oido proferir alguna máxima contra la fe, ¿hemos tenido cuidado, para reparar el deshonor que Dios en ello recibe, de hacer un acto de fe sobre la verdad que era opuesta á esa máxima?

Para seguir el consejo y la práctica de los Santos, ¿hemos renovado de tiempo en tiempo en nuestro corazon la profesion solemne que hicimos en el bautismo de creer todas las verdades que Dios ha revelado á su Iglesia, y de vivir conforme á lo que ellas nos enseñan?

Por nuestras palabras: Cuando nosotros hemos recitado el símbolo de nuestra creencia ¿lo hemos hecho con espíritu de fe, es decir, con una grande atencion, un profundo respeto y una sumision ciega á las verdades que en él se contienen?

¿Hemos leído con las mismas disposiciones y los mismos sentimientos las santas Escrituras?

¿No hemos sido nosotros de aquellos de quienes habla el Apóstol, que se ruborizan del Evangelio, que ocultan la verdad en la injusticia, y que por vergüenza, por timidez ó por cualquier otro motivo injustificable no se atreven á sostener las máximas cristianas delante de aquellos que las combaten?

Cuando nosotros hemos hablado del mundo y de las cosas del mundo, ¿lo hemos hecho con menosprecio, como la fe nos enseña que debemos hacerlo y como así estamos obligados por el Bautismo?

Por nuestras obras: ¿No nos hemos avergonzado de parecer verdaderos cristianos, hasta el grado de no osar muchas veces hacer el signo de la cruz, doblar las rodillas ó practicar nuestras oraciones delante del mundo?

El respeto humano ¿no nos ha impedido muchas veces visitar á los pobres, entrar en los hospitales y servir á los enfermos; en lugar de mostrar nuestra fe por nuestras buenas obras, segun la instruccion que nos da el apóstol Santiago: *Ostendam ex operibus fidem meam?* (Jac. II, 18).

En fin, ¿protestamos nosotros altamente en todas las ocasiones que somos cristianos, consagrados á la Trinidad santísima,

verdaderos discípulos é imitadores de Jesucristo, y haciendo ver que en esto ponemos toda nuestra gloria?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! el desconocimiento con que Vos amenazais á los que se ruborizan de parecer cristianos y de hacer profesion de su fe, es demasiado terrible para una alma que sabe lo que es ser de este modo totalmente abandonada de Vos! El solo pensamiento de esta amenaza nos debiera hacer temblar toda nuestra vida. Descubridnos ¡oh Dios mio! si os place, la funesta desgracia de los que viven en semejante estado, y grabad bien profundamente en nuestro corazon estas notables palabras del Evangelio: «Al que se avergüenza de Mí y de mis palabras, el Hijo del hombre le mirará con rubor cuando viniere en su gloria:» *Qui Me erubuerit et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua.* (Luc. IX, 26).

EXÁMEN.

De la esperanza.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la inmensa bondad de Dios, que quiere ser El mismo el objeto de la esperanza de los cristianos, prometiéndoles